

dera tu deformidad y su perfeccion; ya ves la distancia que hay de ella á tí; hazte estas reflexiones y te calmarás.

Pero estos consejos solo sirvieron para aumentar el amor que se profesaban Gwynplaine y Dea, y Ursus se asombraba del poco éxito que alcanzó por este medio. ¿Pero quería verdaderamente entibiarse ó extinguirse el amor en ellos? Ciertamente que no. Hubiera tenido un disgusto si lo hubiese conseguido, porque en el fondo este amor, que era una llama para los amantes, era para él un calor que le hacia revivir; pero es preciso murmurar un poco de lo que nos gusta, que esto es lo que los hombres llaman sabiduría.

Ursus fué para los dos amantes casi casi padre y madre; murmurando los educó y gruñendo los mantuvo. Su doble adopcion hizo más pesada á la choza ambulante, y él tuvo que engancharse con mucha frecuencia con Homo para arrastrarla; pero cuando pasaron los primeros años y Gwynplaine fué ya hombre y Ursus viejo, le tocó á aquel el turno de arrastrar á éste.

Ursus, al ver crecer á Gwynplaine, sacó el horóscopo de éste de su deformidad. *Han hecho tu fortuna*, le decia.

Esta familia, compuesta de un viejo, dos niños y un lobo, rodando por caminos, calles y plazas, habia estrechado cada vez más su grupo. La vida errante no habia impedido la educacion. Como Gwynplaine habia sido sin duda alguna desfigurado para ser exhibido en las ferias, Ursus le educó para saltimbanqui, incrustando en él al mismo tiempo la ciencia y la sabiduría. Contemplándole el rostro gruñia:—Está bien comenzado. Por eso él le completaba con todos los ornamentos de la filosofia y del saber. Con frecuencia le decia:

—Es necesario que seas filósofo. Ser sábio es ser invulnerable. Aquí donde me ves, yo no he llorado nunca, y este es el poder de la sabiduría. ¿Crees que si hubiese querido llorar me hubieran faltado ocasiones?

Ursus, en sus monólogos, que el lobo escuchaba, decia:

—He enseñado á Gwynplaine muchas cosas, incluso el latín, y nada á Dea, exceptuando la música.

Les enseñó á los dos á cantar; él tocaba muy bien la flauta, así como tambien la chiflonía, especie de gaita. Sus tocaras atraian mucha gente. Ursus enseñaba á la multitud su chiflonía, diciéndola en latín: *Organistrum*.

Enseñó el canto á Gwynplaine y á Dea, segun el método de Orfeo y de Binchois. Más de una vez le hacia suspender las lecciones este grito de entusiasmo:

—¡Orfeo, músico de Grecia; Binchois, músico de Picardía!...

Las ocupaciones de su educacion no ocupaban á los niños de tal modo que no les dejasen tiempo para quererse; crecieron mezclando sus dos corazones, como dos arbustos, plantados cerca uno de otro, mezclan sus ramas cuando se convierten en árboles.

—Es igual, murmuraba Ursus; yo los casaré.

Y gruñia aparte:—Me empalagan con sus amores.

El pasado se puede decir que no existia para Gwynplaine y para Dea; solo sabian de él lo que Ursus les habia dicho, y á éste le llamaban padre. Gwynplaine no tenia otro recuerdo de su infancia que el de una irrupcion de demonios sobre su cuna; conservaba la impresion de haber sido pisoteado en la oscuridad por piés enormes. ¿Fué eso casual ó voluntario? Lo ignoraba. De lo que se acordaba con todos sus detalles era de la aventura trágica de su abandono. El encuentro de Dea marcaba para él, en dicha noche lúgubre, un dato luminoso.

Dea, como era aun más pequeña que Gwynplaine, ningun recuerdo conservaba en la memoria. Se acordaba de su madre como de una cosa fria. ¿Habia visto el sol? Quizás. Hacia esfuerzos inútiles para recoger su espíritu en el desvanecimiento que se extendia por detrás de ella. El sol qué era? Ella se acordaba de haber visto algo luminoso y caliente, que fué reemplazado por Gwynplaine.

Se hablaban en voz baja: arrullarse es lo más importante que hay en el mundo. Un día, no pudiendo contenerse, al apereibir Gwynplaine al través de una manga de muselina el brazo de Dea, aplicó sus labios á esa transparencia; con su boca deformada dió un beso ideal; Dea sintió profundo arrobamiento y se volvió de color de rosa. El beso del mónstruo hizo brillar la aurora sobre la noche de su frente; sin embargo, Gwynplaine suspiró como con terror, y como la gorguera de Dea se entreabria, no pudo dejar de mirar blancuras visibles por aquella abertura del paraíso.

Dea se subió la manga y tendió á Gwynplaine el brazo desnudo, diciéndole:—Otra vez. Pero Gwynplaine huyó escapado.

Al día siguiente se repitió este juego con variaciones. Resbaladuras celestes por el suave abismo del amor. De estas cosas el buen Dios, como viejo filósofo, se sonríe.

VII.

La ceguera dá lecciones de ver con claridad.

Algunas veces Gwynplaine se dirigió á reproches á sí mismo, al considerar su felicidad como un caso de conciencia; se imaginaba que dejarse amar por una mujer que no podia verle era engañarla. ¿Qué diria de él si sus ojos adquiriesen vista de repente? Lo que ahora la atrae entonces la seria repulsivo, y retrocederia ante su espantoso amante, lanzando un grito y tapándose la cara con las manos. Le atormentaba este escrúpulo, y le parecia que siendo un mónstruo no tenia derecho á amar.

Un día dijo á Dea:

—Tú no sabes que soy muy feo.

—Solo sé que eres sublime, le respondió ella.

—Cuando oyes que se ríe todo el mundo, es que se ríen de mí porque soy horrible.

—Yo te amo, le contestó Dea. Estaba ya muerta y me resucitaste; tú para mí eres el cielo. Dame la mano, quiero tocar á Dios.

Sus manos se buscaban y se estrechaban sin decirse una palabra, silenciosos por la plenitud de su amor.

Ursus, que oyó lo anterior, al otro día, estando juntos los tres, dijo:

—Por otra parte, Dea es fea tambien.

Pero estas palabras no hicieron ningun efecto. Dea y Gwynplaine no le escuchaban. Absorbidos el uno en el otro, se enteraban rara vez de los epifonemas de Ursus; no le hacian caso. Esta vez, sin embargo, la precaucion del filósofo "Dea es fea tambien", indicaba en el hombre docto la ciencia de la mujer. Gwynplaine habia cometido lealmente una imprudencia. Decir á cualquiera otra mujer y á cualquier otra ciega que no fuese Dea: *Yo soy feo*, era peligroso. Ser ciega y enamorada es ser dos veces ciega. En esta situacion se vive de sueños; la ilusion es el pan del sueño, y quitar la ilusion al amor es quitarle el alimento. Todos los entusiasmos entran útilmente en su formacion, tanto la admiracion física como la admiracion moral. Por otra parte, no se debe decir nunca á la mujer ninguna palabra dif-

cil de comprender, porque esto la obliga á pensar sobre ella y á pensar mal. Un enigma en el pensamiento causa un estrago; la percusion de una palabra que se ha dejado caer desagrega lo que se adhería, y sucede á veces que, sin saber cómo, se vacía visiblemente el corazón por haber recibido el golpe oscuro de una palabra en el aire. El sér que ama se apercibe de esta disminucion de su felicidad.

Por fortuna Dea no estaba formada de esa arcilla: la pasta de que se componen ordinariamente las mujeres no entró en su composicion; era una naturaleza rara. Su cuerpo era frágil, pero no su corazón, y constituia el fondo de su sér divina perseverancia en el amor.

Todo el efecto que produjo en ella la frase de Gwynplaine se redujo á hacerla decir un día lo siguiente:

—Qué es ser feo? Ser feo es obrar mal, y Gwynplaine siempre obra bien; luego es hermoso.

Después, siempre bajo la forma interrogativa familiar á los niños y á los ciegos, repuso:

—A qué llamais vosotros *ver*? Yo no veo, ya lo sé; parece que el *ver* oculta algo.

—No te comprendo. ¿Qué es lo que quieres decir? preguntó Gwynplaine.

—Que *ver* es una cosa que oculta lo verdadero.

—No, replicó Gwynplaine.

—Sí, contestó Dea, pues tú dices que eres feo.

Quedó un momento pensativa y después añadió:

—Mentiroso!

Gwynplaine recibió la alegría de haber confesado la verdad y de no ser creído. Su conciencia quedó tranquila y su amor tambien.

De este modo llegaron, ella á los diez y seis años y él á los veinticinco.

No estaban, como se diria en la actualidad, más adelantados que el primer día. Menos, porque recordará el lector que pasaron su noche de bodas teniendo ella nueve meses y él diez años. Una especie de niñez santa se prolongaba en su amor; así sucede algunas veces que el ruiseñor que se retarda prolonga su canto hasta aparecer la aurora.

Sus caricias no iban más allá de los apretones de manos y de algun beso en el brazo desnudo. Esto les bastaba.

Al pensar en la edad que ya tenían los dos jóvenes, Ursus, una mañana, no

perdiendo nunca de vista "su mala pasada," les dijo:

—Uno de estos días escogereis una religión.

—Para qué? preguntó Gwynplaine.

—Para casaros.

—Ya lo estamos, respondió Dea.

Dea no comprendía que pudieran ser marido y mujer de otro modo que lo eran.

En el fondo, este contento quimérico y virginal, esta inocente saciedad de un alma de otra, este celibato, tomado como matrimonio, no desagradaba á Ursus. Lo que les dijo fué porque debía hablar de ese modo; pero como médico, encontraba á Dea, sino demasiado jóven, demasiado frágil y delicada para lo que él llamaba "el himeneo en carne y huesos,". Esto llegaría de todos modos demasiado pronto. Por otra parte, ¿no estaban ya casados? Si lo indisoluble existe en alguna parte, existía en la cohesión Gwynplaine y Dea, y era admirable que el infortunio hubiese arrojado cariñosamente al uno en brazos del otro; y como si no bastase este primer lazo, que anudó la desgracia, vino á apretarlo, enroscándose sobre él, el amor.

Dea aportó la hermosura y Gwynplaine la luz: cada uno tenía su dote, y más que una pareja formaban el par, separados únicamente por la interposición sagrada de la inocencia.

Aunque á Gwynplaine le gustaba pensar y absorberse cuanto podía en la contemplación de Dea, en el foro interior de su amor era hombre. Las leyes fatales no se pueden eludir, y sufría como todo en la naturaleza las fermentaciones oscuras impuestas por el Creador. Estas, á veces, cuando aparecía en público le impulsaban á mirar á las mujeres que había entre la multitud, pero en seguida huía la vista de ellas y se apresuraba, como arrepentido, á concentrarse en su alma.

Añadamos que le faltaba atrevimiento, porque en el rostro de todas las mujeres que miraba veía escrita la aversión, la antipatía y la repugnancia, y comprendía que solo era Dea posible para él: esto le ayudaba á arrepentirse.

VIII.

No solo la dicha, sino también la prosperidad.

Hay muchas verdades en los cuentos; la quemadura del diablo invisible

que os toca, es el remordimiento que causa un mal pensamiento.

En Gwynplaine no llegaba á realizarse el mal pensamiento, y por eso no tenía remordimientos, pero tenía pesar. Vagas brumas de la conciencia.

Eso no era nada; tanto, que la felicidad del viejo y de los dos jóvenes era completa, tan completa que ya no eran pobres.

Desde 1689 á 1704 se verificó en ellos profunda transfiguración. En 1704 entraba á veces al caer la noche, en una pequeña ciudad del litoral, un grande y pesado carro cubierto, que arrastraban dos caballos robustos. Se parecía á un casco de navío puesto del revés, con la quilla por techo, el puente por piso, y colocado sobre cuatro ruedas grandes, altas é iguales. Ruedas, lanza y carromato todo estaba pintarrajeado de verde, pero con gradación rítmica de matices, que recorría desde el verde de botella de las ruedas hasta el verde de manzana del techo. Por el color conocían este carruaje en todas las ferias, y le llamaban Green-Box, que quiere decir la caja verde. Solo tenía dos ventanas, una á cada extremidad, y por detrás una puerta con estribera. En el techo, y de un tubo pintado de verde, como todo lo demás, salía humo. Esta casa ambulante estaba siempre muy limpia y recién barnizada. En la delantera, en un banquillo adherido al carro, al que servía de puerta la ventana, sobre el tronco de caballos y al lado de un viejo que manejaba las riendas, había sentadas dos mujeres bohemias, vestidas de diosas y tocando la trompeta. La gente del pueblo, embobada, contemplaba y comentaba esta máquina, que andaba dando terribles vaivenes.

Era la antigua choza de Ursus amplificada por el éxito y su tablado convertido en teatro.

Homo iba encadenado debajo del carromato.

El cochero viejo que guiaba los caballos era el filósofo en persona. ¿De dónde provenía esta rica transformación?

De que Gwynplaine era célebre.

Como se vé, con verdadero conocimiento de lo que es el éxito en el mundo, predijo Ursus á Gwynplaine que habían hecho su fortuna. Este fué educado por aquel. Desconocidos trabajaron el rostro del niño y Ursus trabajó su inteligencia; detrás de la llamativa máscara colocó todos los pensamientos que pudo. Cuando el niño creció lo sacó á la



EL COCHE-TEATRO

escena, esto es, á la delantera de la choza, y fué extraordinario el efecto que causó esta aparicion. En seguida el público quedó pasmado; nunca habian visto nada comparable á su sorprendente rostro que reia. Ignoraban cómo se realizó ese milagro de hilaridad comunicable; unos le creian natural, otros artificial, y añadiendo conjeturas á la realidad, por todas partes, en las calles, en los mercados, en los puntos de feria y de fiestas, la multitud se amontonaba por ver á Gwynplaine. Merced á esta gran atraccion, se llenó la pobre escarcela del grupo nómada, primero de *penny*, despues de *liards* y última mente de *schelines*. Cuando agotaban la curiosidad en un sitio iban á otro, y rodando de una parte á otra se enriqueció la pobre choza ambulante, y de año en año, de pueblo en pueblo, aumentando la talla y la fealdad de Gwynplaine, alcanzó la fortuna que Ursus le predijo.

—¡Es grande el servicio que te hicieron! exclamaba el filósofo.

Las ganancias permitieron á Ursus, administrador del éxito de Gwynplaine, hacer construir el carro cubierto en que soñaba, que fué bastante grande para contener un teatro y sembrar la ciencia y el arte por calles y por plazas. Además, al grupo que componian él, Homo, Gwynplaine y Dea, pudo añadir dos caballos y dos mujeres, las que hacian de diosas, como acabamos de decir, y de sirvientas. La barraca de volatineros debia tener el frontispicio mitológico. "Somos un templo errante," solia decir Ursus.

Las dos gitanas que recogió el filósofo entre la confusion nómada de pueblos y aldeas eran feas y jóvenes, y se llamaban, por la voluntad de Ursus, una Febe y otra Vénus. Febe era la cocinera y Vénus barria el templo. Además, los dias de *performance* (1) vestian á Dea.

Fuera de lo que para los volatineros como para los príncipes se llama la vida pública, Dea vestia, como Febe y Vénus, unas faldas de tela llena de flores, llevando encima una especie de sobretodo sin mangas que dejaba los brazos libres. Gwynplaine usaba para sus trabajos y ejercicios de fuerza, alrededor del cuello y de los hombros, una esclavina de cuero. Este cuidaba de los caballos; Ursus y Homo cuidaban uno de otro. Dea estaba ya tan acostumbrada á la caja ver-

de, que la recorria con facilidad, como si tuviese vista.

El que penetrase en la estructura íntima y en el arreglo del edificio ambulante, veria en un ángulo, amarrada á las paredes é inmóvil sobre sus cuatro ruedas, la antigua choza de Ursus, retirada ya del servicio, dispensada de rodar y de arrastrarse, lo mismo que Homo de cargar con ella; esta choza servia ahora de cámara y de vestuario á Ursus y á Gwynplaine y contenia dos camas; en el otro rincón, y frente á ella, estaba la cocina.

La reparticion interior de un navío no era más precisa ni más á propósito que la de Green-Box. Estaba todo previsto y el local aprovechado. El coche estaba cortado en tres compartimientos con tabiques. Los compartimientos se comunicaban por huecos libres y sin puertas; una tela gruesa, á modo de portier, caia sobre ellos y medio los cerraba. El compartimiento de detrás era la habitacion de los hombres, el de delante la habitacion de las mujeres y el del medio era el teatro, que separaba á los dos sexos. Los efectos de orquesta y de maquinaria estaban en la cocina. Un camaranchon, situado bajo la curvatura del techo, contenia las decoraciones, y abriendo una trapa de dicho camaranchon aparecian lámparas, que producian sorprendente iluminacion.

Ursus era el poeta que escribia las piezas teatrales. Poseia talentos diversos y hacia cosas particulares. Además de hacer oír voces diferentes, producia accidentes inesperados, choques de luz y de oscuridad, formaciones espontáneas de cifras ó de palabras, á gusto del público; sobre un tabique proyectaba claros-oscuros, mezclados con el desvanecimiento de cabezas caprichosas, entre las que él, poco atento á la multitud maravillada, meditaba.

Un dia le dijo Gwynplaine:

—Padre, pareceis un brujo.

—Es porque lo soy quizás, contestó el filósofo.

La Green-Box, construida bajo la sabia inspeccion de Ursus, ofrecia el refinamiento ingenioso de que, entre las dos ruedas de delante y las dos de detrás, el pannean central de la fachada de la izquierda giraba sobre la charnela con la ayuda de un juego de cadenas y de poleas, y bajaba y subia, segun se deseaba, como un puente levadizo. Al bajar dejaba en libertad tres varas largas de hierro apoyadas en gonces, que, conservando

(1) Los dias de representacion teatral.

la vertical mientras el pannean bajaba, se colocaban rectas sobre el piso, como los piés de una mesa, y sostenían encima de él una especie de estrado, y el pannean quedaba convertido en terreno plano. Al mismo tiempo aparecía el teatro, aumentado con el plano que formaba la parte de delante de la escena.

La carreta-teatro existe todavía. En teatros ambulantes de esa clase se representaron en el siglo diez y seis y en el siglo diez y siete, en Inglaterra, los bailes y las baladas de Anmer y de Pilkington; en Francia las églogas de Gilbert Colin; en Flandes, en las Kermesses, los dobles coros de Clemen; en Alemania el Adan y Eva de Theiles; en Italia las farsas burlescas de Animuccia y de Caffosis; las silvas de Gemaldo; *El Sátiro*, de Laura Guidiccioni; *La desesperación de Fileno* y *La muerte de Ugolino*, de Vicente Galileo, padre de la astronomía, el que cantaba su propia música, acompañándose con la viola; y se verificaban, en fin, en esos teatros ambulantes los primeros ensayos de ópera italiana, que desde 1580 sustituyeron la inspiración libre con el género madrigalesco.

El coche-teatro de color de esperanza que llevaba á Ursus, á Gwynplaine y su fortuna, y en cuyo pescante Febe y Vénus tocaban la trompeta, como dos Famas, formaba parte del conjunto bohemio y literario. Cuando llegaba á los pueblos y á las ciudades, en los intervalos en que no tocaban las trompetas, Ursus las comentaba con revelaciones instructivas.

—Esta sinfonía es gregoriana, gritaba. Ciudadanos y vecinos: la heregia gregoriana, ese gran progreso, se estrelló en Italia contra el rito ambrosiano y en España contra el rito mozárabe, y triunfó con muchísima dificultad.

Después de dicho lo anterior, la Green-Box se paraba en cualquier sitio que Ursus designaba, y cuando llegaba la noche el pannean de delante de la escena bajaba, el teatro se abría y la función teatral comenzaba.

El teatro de la Green-Box representaba un paisaje, pintado por Usus, que no sabía pintar; de ese modo en caso necesario el paisaje podía representar un subterráneo. La cortina, lo que llamamos telon, era una tela de seda á cuadros.

El público estaba por fuera, en la calle, en la plaza, redondeado en semicírculo ante el espectáculo, bajo la influencia del sol y de la lluvia. Cuando era

posible, se hacían las representaciones en el corral de una posada y había tantas filas de palcos como pisos con ventanas. Estando de este modo el teatro más cerrado, el público pagaba más.

Ursus se ocupaba de todo, de las piezas, de su gente, de la cocina y de la orquesta. Febe y Vénus tocaban instrumentos extraños y el lobo formaba parte de la compañía. Con frecuencia, cuando aparecían en el teatro juntos Ursus y Homo, aquel con la piel de oso muy bien ceñida y éste con su piel de lobo, mejor ajustada aun, no se sabía cuál de los dos era el animal; esto enorgullecía á Ursus.

IX.

Extravagancias que las personas de mal gusto llaman poesía.

La clase de piezas que componía Ursus era de un género cuya moda ya ha pasado: una que ha llegado hasta nosotros se titula: *Ursus Rursus*; es probable que representase en ella el papel principal.

Los títulos los ponía casi siempre en latín y la poesía muchas veces en español. El español era entonces lengua corriente, y los marinos ingleses hablaban castellano, como los soldados romanos hablaban cartaginés; leed á Plauto. Por otra parte, en el espectáculo, como en la misa, la lengua latina ú otra que el auditorio no comprendiese no molestaba á nadie. Salían del paso aplicándola palabras comunes. La antigua Francia gálica, sobre todo, tenía esta manera de ser devota. En la iglesia, con la música de un *Immolatus*, los fieles cantaban *Riesse pendrai*, y con la de un *Sanctus*, *Baise-moi, ma mie*. Se necesitó que interviniese el Concilio de Trento para acabar con estas familiaridades.

Ursus estaba muy satisfecho de una pieza que compuso para Gwynplaine; era su obra capital; había puesto en ella todo lo que sabía. Dar la suma de sus productos es el triunfo del que crea. El sapo que hace un sapo hace una obra maestra. Si lo dudáis, probad á hacerlo. La pieza favorita de Ursus la intituló *El caos vencido*.

Era lo siguiente:
Efecto de noche.—Al levantarse el telon la multitud aglomerada ante la Green-Box veía el teatro negro. En su oscuridad se movían en el estado de reptiles tres formas confusas, un lobo,

un oso y un hombre. El lobo era Homo, el oso Ursus y el hombre Gwynplaine. El lobo y el oso representaban las fuerzas feroces de la naturaleza, el hombre inconsciente, la oscuridad salvaje, y los dos se lanzaban contra Gwynplaine; eran el caos combatiendo al hombre. A ninguno se le veía la cara. Gwynplaine se batía cubierto con un sudario y su cabellera caída le ocultaba el semblante. Además, todo estaba oscurísimo. El oso gruñía, el lobo crugía los dientes y el hombre gritaba. El hombre había caído debajo de los dos animales é iban á acabar con él; pedía socorro y llamaba á lo desconocido, resollando. El público asistía á la agonía del hombre apenas perfilado, apenas distinto aun de los brutos; esto era lúgubre y la multitud lo miraba jadeando; un minuto más de esta lucha y las fieras hubieran triunfado y el caos se hubiera tragado al hombre. Tras la lucha, los gritos y los aullidos, reinó el silencio de repente. Se oyó un canto en la oscuridad y el viento trajo los ecos de una voz. Misteriosas músicas flotaban acompañando al canto de lo invisible, y de súbito, sin saber de dónde ni cómo, surgió una blancura. Esta blancura era una luz, esta luz era una mujer, esta mujer era un espíritu. Dea, tranquila, cándida, hermosa y llena de dulzura, apareció en el centro de un nimbo. La voz que cantó era la suya, voz ligera, profunda, inefable. De invisible se convirtió en visible y en su carrera cantaba. Al oír la les pareció oír la canción de un ángel ó el himno de un pájaro. Al ver esta aparición, el hombre, impulsado por sobresalto deslumbrador, dejó caer sus puños sobre los dos brutos aterrados.

Entonces la vision cantó unos versos de pureza española (1), suficiente para los marinos ingleses que la oían.

Después inclinaba los ojos para mirar al abismo que estaba debajo de ella, y seguía cantando; á medida que cantaba, el hombre se iba levantando, con las manos dirigidas hácia la vision y las rodillas apoyadas sobre las dos bestias, inmóviles y aterradas. La vision miraba al hombre, y aproximándose á él con ma-

jestad de astro, volvía á cantar (1), posando la mano sobre la frente de aquel. Entonces se oía otra voz más profunda y más suave aun, voz sentida y violenta á la par, de gravedad tierna y feroz á un mismo tiempo; era el canto humano que respondía al canto sideral. Gwynplaine, que continuaba en la oscuridad arrodillado sobre el oso y sobre el lobo vencidos, teniendo aun posada en la frente la mano de Dea, cantaba (2).

De súbito un surtidor de luz hirió de frente la cara de Gwynplaine, y se vió en la oscuridad que el monstruo estaba satisfecho.

Es imposible pintar la conmoción que agitó al público. Otro surtidor de risa saltó de él. La risa nace de lo inesperado, y nada tan inesperado como ese desenlace. Con nada es comparable el bofetón de luz que recibió la cara bufona y terrible. De su risa se reían por todas partes, arriba, abajo, delante, en el fondo, los hombres, las mujeres, las viejas, las cabezas calvas, las caras rosadas de los niños, los buenos, los malos, las gentes alegres y las gentes tristes, todo el mundo, y hasta los transeuntes, que nada podían ver, al ver que la multitud se reía, se reían también, y las risas terminaban en aplausos y en patear en el suelo. Cuando cayó el telon llamaron con frenesí á Gwynplaine. Esta farsa le proporcionó un éxito enorme; todos corrían á ver en ella al monstruo. Todos se preguntaban: *Habéis visto el Caos vencido?* Los indiferentes iban á reír y los melancólicos y todos. Era una risa tan irresistible la que ocasionaba, que parecía una enfermedad; y si hay una peste de la que el hombre no huye, es la del contagio de la alegría. El acontecimiento, sin embargo, no había pasado del populacho, de la hez del pueblo. Iban á ver el *Caos vencido* por un penny; el gran mundo no vá á ver espectáculos tan baratos.

Ursus estaba contento de su obra y decía con modestia:

—Es del género de un tal Shakespeare.

La contraposición de Dea hacia pro-

(1) Gebran barzon!
Dexa, monstruo
á tu negro
caparazón

Copiado con la ortografía que usa el autor.—(N. del T.)

(2) O veni ama!
Eres alma
soy corazón.

Bien hace V. Hugo en llamar en el epígrafe de este capítulo, á lo que pretende que sea castellano y verso, *extravagancias que las personas de mal gusto llaman poesía*.—(Nota del T.)

(1) Hé aquí los versos que escribe Victor Hugo en castellano:

Ora ¡llora!
de palabra
nace razón
dá luz el son.

El gran escritor, que tanto sabía, ni escribió en español ni consiguió hacer versos en nuestra lengua.—(N. del T.)

ducir mayor efecto á Gwynplaine. Su blanco rostro al lado del gnomo representaba lo que se pudiera llamar el asombro divino. El pueblo miraba á Dea con ansiedad misteriosa, porque veía en ella algo supremo de la virgen y de la sacerdotisa, que desconoce al hombre y que conoce á Dios. Sabiendo que era ciega, les parecía que tenía vista. Estaba de pié en el dintel de lo sobrenatural y participaba á medias de nuestra luz y de la luz eterna; venía á trabajar á la tierra, pero como trabaja el cielo, con la aurora. Encontraba una hidra y la convertía en alma. Tenía el aspecto de potencia generatriz, satisfecha y estupefacta de su creación; parecía leerse en su semblante, adorablemente azorado, la voluntad de la causa y la sorpresa del resultado. Parecía que amaba á aquel monstruo. Sabía que lo era? Sí, porque lo tocaba; no, porque lo admitía. Ésa noche y ese día confundidos se resolvían en el espíritu del espectador en un claro-oscuro, en el que aparecían perspectivas infinitas. Cómo la divinidad puede adherirse á lo monstruoso, de qué modo se verifica la penetración del alma en la materia, cómo el desfigurado se transfigura, cómo lo deforme se convierte en paradisiaco, todos los misterios que entreveía el público, complicaban con emoción casi cómica la convulsión de hilaridad que producía Gwynplaine. Sin penetrar en el fondo, porque el espectador se fatiga de profundizar y por eso no profundiza, comprendía algo más de lo que veía y ese espectáculo extraño le hacía pensar.

Lo que Dea experimentaba se escapaba á la palabra humana: estaba en medio de una multitud sin saber lo que es una multitud; oía un gran rumor y nada más. Para ella una multitud era un soplo, y en el fondo solo es esto. Las generaciones son soplos que pasan. El hombre respira, aspira y expira. Dea se encontraba sola entre la multitud y sentía el estremecimiento que produce estar suspendidos encima de un precipicio. De repente, en la turbación del inocente angustiada y dispuesto á acusar á lo desconocido, en el sobresalto de la caída posible, Dea, serena, sin embargo, y superior á la vaga angustia del peligro, aunque se estremecía interiormente de su aislamiento, volvía á encontrar su entereza y su apoyo; volvía á asirse de su hilo de salvación, del universo, de las tinieblas, y posaba la mano sobre la poderosa cabeza de Gwynplaine. ¡Inocen-

te alegría! Apoyar sus rosados dedos sobre el bosque de cabellos encrespados de aquel y tocar la lana despierta ideas suaves; Dea tocaba un cordero que ella sabía que era león, y todo su corazón se fundía en inefable amor. Se creía ya fuera de peligro, porque encontraba su salvador. El público creía ver lo contrario. Para los espectadores, Gwynplaine era el sér salvado y Dea el sér Salvador. Y Dea, convencida, consolada y fascinada, adoraba al ángel, mientras que el pueblo contemplaba al monstruo y sufría, también fascinado, pero en sentido inverso, la inmensa y contagiosa risa del saltimbanqui.

El amor verdadero no se desazona; siendo todo alma, no puede entibiarse. Una brasa se cubre de ceniza, una estrella no. Estas impresiones exquisitas se renovaban en Dea todos los días y estaba predispuesta á llorar de ternura, mientras que el público se desternillaba de risa. Para ella estaba el contento á su alrededor; Dea era feliz.

Por otra parte, el efecto de alegría, debido al aspecto imprevisto y terriblemente cómico de Gwynplaine, no era completamente satisfactorio para Ursus; hubiera preferido la sonrisa á las carcajadas y excitar admiración más literaria. Pero triunfar consuela. Se consolaba todas las noches con el extraordinario éxito, contando cuántas pilas de farthings hacen schelines, y cuántas pilas de schelines hacen pounds. Además, se decía que después de todo, pasada la risa, el *Caos vencido* quedaba en la memoria del fabuloso número de espectadores que contaba. No se engañaba quizás; el público tasa las obras. La verdad es que el populacho, que veía con gran atención al lobo, al oso y al hombre; que oía la música y los aullidos domados por la armonía, y comprendía que el alba disipa á la noche, aceptaba con simpatía confusa, pero profunda, y hasta con tierno respeto, el drama-poesma el *Caos vencido*, que significa la victoria del espíritu sobre la materia y que conduce á proporcionar al hombre la alegría.

Tales eran los placeres groseros del pueblo; estos le bastaban. El pueblo carecía de medios para ir á los nobles *matches* (*boxes*), y no podía, como los señores y los gentiles-hombres, apostar mil guineas en favor de Helmsgail y contra Phelem-ghe-madone.

Ojeada del que está fuera de todo sobre las cosas y sobre los hombres.

El hombre tiende á vengarse del que le divierte, y por eso desdeña al comediante. Al sér que me entretiene, que me consuela, que me enseña lo ideal, que me es agradable y útil, ¿qué daño puedo hacerle? El de la humillación. El desprecio es un bofetón dado desde lejos; démosle ese bofetón. Me divierte, pues es vil; me sirve, pues yo le odio. ¿Dónde hay una piedra para arrojársela? Sacerdote, lánzale una; filósofo, échale otra; Bossuet, excomulgale; Rousseau, insultale; orador, escúpele; apedreemos el árbol, que caiga la fruta y nos la comeremos. Bravo! bien!—Recitar los versos de los poetas es estar inficionado de la peste. ¡Escóndete, histrion! Que su éxito le saque á la vergüenza, que su triunfo acabe en silbidos. Que reuna la multitud, pero que haga el vacío á su alrededor: las clases ricas, llamadas altas clases, han inventado para el comediante esta especie de aislamiento, el aplauso.

El populacho era menos feroz; ni odiaba ni despreciaba á Gwynplaine; pero el último calafate del más insignificante buque, amarrado en el peor puerto de Inglaterra, se consideraba infinitamente superior al que servía de diversión á la canalla, y creía que un calafate estaba tan por encima de un saltimbanqui, como un lord de un calafate.

Gwynplaine, pues, como todos los comediantes, era aplaudido, pero vivía aislado. Por otra parte, en el mundo todo éxito es un crimen que se expía. El que tiene la medalla tiene su reverso; pero la de Gwynplaine carecía de reverso, en el sentido de que eran agradables los dos lados de su éxito, porque estaba satisfecho de los aplausos y contento de su aislamiento: los aplausos le enriquecían y en el aislamiento era dichoso.

Ser rico para los pobres es no ser indigente; no tener agujeros en la ropa, frío en el hogar ni vacío en el estómago; poder comer hasta que se sacia el apetito y beber hasta que se calma la sed, es tener todo lo necesario, incluso un *penny* en el bolsillo para darlo á un pobre; esta riqueza indigente, que basta á la libertad, la había conseguido Gwynplaine.

Respecto al alma era opulento, la tenía llena de amor; nada más podía desear y nada más deseaba.

Podía quizás desear no ser deforme, pero si hubiera sido posible hacerle semejante proposición la hubiera rechazado. No hubiera querido quitarse la máscara y recuperar su verdadero rostro. ¿Cómo, no siendo como era, hubiera podido mantener á Dea? ¿Qué hubiera sido de la infeliz y cariñosa ciega que le amaba? Sin la monstruosidad de su aspecto, que le aseguraba ser el clown único, solo sería un saltimbanqui como otro cualquiera y quizás no ganaría diariamente lo bastante para mantener á Dea. Estaba orgulloso de ser el amante protector de la pobre ciega. Las siete bocas abiertas de la miseria, la noche, la soledad, la desnudez, la impotencia, la ignorancia, el hambre y la sed, la iban acometiendo, y él fué el San Jorge que exterminó al dragon. Triunfaba de la miseria de Dea con su deformidad, que le hacía útil, valiente y victorioso. Solo con exhibirse recogía dinero; era dueño de las multitudes y se constituía en soberano de los populachos, y esto le halagaba por Dea, porque podía satisfacer sus necesidades, sus deseos, sus caprichos, en la esfera limitada que puede tenerlos una pobre ciega. Gwynplaine y Dea eran el uno la providencia del otro: él se elevaba sobre las alas de ella y ella se dejaba llevar en brazos de él. Nada es tan satisfactorio como proteger y dar lo necesario á la que os ama, y Gwynplaine disfrutaba esta dicha suprema, que debía á su deformidad y que le hacía superior á todo: por ella se ganaba la vida y la de los otros; por ella adquiría independencia, libertad, celebridad, satisfacción íntima. Las fatalidades eran impotentes ya contra él, porque se habían agotado después del golpe que le dieron, y que él había convertido en triunfo; el fondo de la desgracia fué para él una cumbre elísea. Gwynplaine estaba aprisionado en su deformidad, pero con Dea; tenían un calabozo en el paraíso. Tanto mejor. Sus murallas los encerraban, pero los defendían. ¿Quién intentaba nada contra ellos, teniendo tan cerrada la vida á su alrededor? ¿Evitarían que alcanzase éxitos Gwynplaine? Imposible. Para eso era preciso quitarle la cara. ¿Le arrancarían el amor? Imposible. Dea no lo vería; su ceguera era incurable. Por lo tanto, ningún inconveniente tenía para Gwynplaine su deformidad y tenía todas las ventajas. Era querido, á pesar de ser un monstruo, y quizás por serlo. La imperfección y la deformidad se acercaron por